

A cinco kilómetros de Srebrenica

Texto: Marta Alemany Fotografía: Javier Corso



11 de julio de 1995. Las banderas de la UNPROFOR (fuerzas de protección de la ONU) ondeaban en la fábrica de baterías de Potocari, un pueblo a cinco kilómetros al norte de Srebrenica (Bosnia- Herzegovina), un enclave musulmán en territorio serbio- bosnio. Las telas azul-cielo estaban ahí desde 1993 para ratificar la zona de seguridad, declarada como tal un año después del inicio de la guerra. Bailando al compás del viento, daban la bienvenida a los más de 25.000 refugiados - mujeres y niños en su mayoría - que escapaban de Srebrenica, donde el Ejército de la República Srpska (VRS), dirigido por el jefe del Estado Mayor, Ratko Mladic, consiguió entrar finalmente. Los 400 cascos azules holandeses,

un contingente conocido como Dutchbat, recibieron a los miles de refugiados que, creyendo en la fuerza de esas banderas, se atrincheraron en la base en busca de una salvación.

11 de julio del 2011. Las paredes de la fábrica de baterías de Potocari están dañadas y llenas de polvo. El ladrillo gris resalta bajo el imperante sol y el vacío de su interior está clavado inerte en una zona deshabitada. Los rayos del sol atraviesan los cristales rotos de las ventanas y se adentran en sus espaciosas salas ausentes de vida. Los más de 40.000 bosníacos-musulmanes aquí reunidos agitan, por encima de sus cabezas, telas con el antiguo escudo de armas de la dinastía de los Kotromanic, el primer rey que gobernó Bosnia

cuando aún era una. Se diseñó a principios de la guerra, corría el año 1992, pero cuatro años después se desterró a los cajones por no ser representativa de las tres etnias que actualmente forman el país. Porque hoy, las seis flores de lis distribuidas dentro del emblema blanquiazul representan la pureza, el orgullo que muchos jóvenes y mayores sienten por pertenecer a la etnia bosniaca musulmana. Ellos son los supervivientes de uno de los peores genocidios perpetrados después de la Segunda Guerra Mundial. En Potocari han cambiado las picas por banderas. Y la religión, que ayer era motivo de una matanza, hoy lo es de orgullo.

11 de julio de 1995. Pero hubo quién no creyó en tejidos de colores. Otros 15.000 refugiados de Srebrenica decidieron tomar un camino diferente al escogido por la muchedumbre. Estos miles de bosníacos- musulmanes –en su mayoría hombres- decidieron huir por el bosque hacia Tuzla, en la parte noroeste de Bosnia. Entre ellos había 5.000 milicianos del Ejército de la República de Bosnia- Herzegovina (ARBiH) que veían en las profundidades de la naturaleza una escapatoria más viable. De esta forma, Srebrenica quedó huérfana. En apenas unas horas, miles de civiles se fueron del enclave y, en medio del silencio de las calles, Mladic se dirigió al pueblo serbio por televisión: “Aquí estamos, el 11 de julio de 1995, en la Srebrenica serbia (...). Entregamos esta ciudad a la nación serbia, recordando el levantamiento contra los turcos. Ha llegado el momento de vengarse de los musulmanes”.

11 de julio de 2011. Hoy nadie huye, todos llegan sin importar de dónde. De los aproximadamente 40.000 presentes, unos 6.500 han participado en la “Marcha de la Paz”, una ruta maratoniana de 110 kilómetros que rememora el largo camino que hicieron los miles de refugiados bosníacos musulmanes al huir de las tropas serbias cuando entraron en Srebrenica. El camino tiene como punto de partida varios pueblos del país, Nežak entre ellos y como meta, Potocari. La Marcha, que dura tres días a pie por los bosques bosnios, llega este año a su decimoséptima edición. Varias autoridades políticas, como el presidente bosnio del país, Bakir Izetbegovic o el ministro de Defensa de Bosnia, Selmo Cikotic; han cambiado sus despachos por el Valle del Memorial en honor a los caídos y en apoyo de sus familias.



**La “Marcha de la Paz”
rememora la huida de los
miles de bosníacos que
escaparon de las tropas
serbias.**

12 de julio de 1995. Aunque Srebrenica había caído, la venganza del jefe del Estado Mayor no terminó en esta ciudad. Dispuesto a cumplir sus palabras, el VRS llegó a la zona de Potocari el mismo día en que varios autobuses se desplazaron hasta allí para

empezar a deportar refugiados a territorio musulmán: en la base de las Naciones Unidas apenas había agua corriente, ni electricidad, ni comida, ni armas. Mientras los civiles se distribuían en los vehículos, Mladic y sus tropas ayudaron con la tarea separando a los hom-

bres de entre 12 y 77 años de sus madres, esposas, hijas, y nietas. Los serbios tranquilizaban a las mujeres diciendo que se reencontrarían con ellos ya en el lugar de destino. Desgraciadamente, esto nunca ocurrió.



11 de julio de 2011. De entre todos los presentes, destacan las Madres de Srebrenica, un movimiento integrado por las mujeres que perdieron a sus varones en julio de 1995. Este colectivo se encarga activamente desde su fundación de la búsqueda de los 8.106 desaparecidos -según su propio registro- para “honrar su memoria y conseguir que los verdugos comparezcan ante el Tribunal Internacional de La Haya”. A pesar de que son tareas complicadas, las Madres consiguieron un

triunfo el pasado mayo, cuando la comisión del TPI para la Ex Yugoslavia dio la razón a tres bosníacos- musulmanes, que denunciaron en 2007 al contingente holandés Dutchbat por no garantizar la seguridad de Potocari y permitir que sus familiares muriesen a manos serbias. A diferencia de lo que pudieran pensar algunos, estas denuncias no buscaban ningún tipo de indemnización. Fue “por orgullo”, dice Vajnaga Zafia, de 60 años, que hoy entierra a su hermano. Zumra Sehomeric añade

que la sentencia supone un nuevo impulso en el proceso que iniciaron para que tanto la Comunidad Internacional como el Gobierno holandés reconozcan su culpabilidad en el conflicto. “En septiembre vamos a volver a poner una denuncia, esta vez, con el respaldo de más de 6.000 familias”, dice. Desgraciadamente, esto no las va a devolver a sus padres, esposos, hijos y nietos; a los que un día los apartaron de su lado y ya nunca más volvieron a ver.



12 de julio de 1995. Así pues, Potocari se convirtió, a lo largo de las 30 horas siguientes, en una zona con mucha presencia militar donde antes se atrincheraban miles de civiles. Por un lado, los 400 cascos azules observaban con impotencia como las tropas del VRS ocupaban posiciones en la zona. Los holandeses no podían hacer nada contra los militares serbios porque 55 de sus compañeros estaban retenidos como rehenes. Por otro, los serbios habían iniciado el día anterior una campaña de terror incendiando las casas de Srebrenica, haciendo pillaje y violando a las mujeres que aún quedaban en el territorio. A su vez, los soldados del ARBiH se veían perdidos: miles habían huido el 11 de julio hacia Tuzla, mientras que los que quedaban trataron de organizarse en columnas, sin éxito, desbordados por las fuerzas del enemigo.

“Les va a resultar muy difícil recuperarse (...) Lo que sucedió fue horrible”

11 de julio de 2011. A la entrada de la fábrica de baterías, un soldado del ejército alemán observa atento el desarrollo de la conmemoración mientras se fuma un cigarrillo. En el interior, los políticos siguen con sus discursos de recuerdo y denuncia. “Les va a resultar muy difícil recuperarse. Además de la economía, el país sigue sumido en la división étnica. Lo que sucedió fue horrible”, opina el militar germánico que no quiere desvelar su nombre. Su división, perteneciente al Heer

(cuerpo terrestre de la Defensa Federal Alemana), se encuentra en el país en período de formación militar, a diferencia de los soldados de las Fuerzas Armadas de Bosnia y Herzegovina (OSBiH) que hoy no combaten. El OSBiH se constituyó en 2005 y aglutina a los antiguos ejércitos de la República de Bosnia-Herzegovina (ARBiH), del Consejo Croata de Defensa (HVO) y del Ejército de la República Srpska (VRS). El cuerpo está presente para que algunos de sus miembros garanticen el orden de la ceremonia y procurar que no suceda ningún altercado. Otros, en cambio, vestidos con sus mejores galas, sus galones y sus condecoraciones participan de la conmemoración recordando aquellos que sucumbieron hace dieciséis años. Pocos van armados. Hoy no hay guerra en la que luchar, solo recuerdos con los que batallar.

13 de julio de 1995. Las noticias que empezaban a llegar a oídos de los pocos refugiados que todavía no habían sido deportados hundieron todavía más los ánimos. En Kravica murieron centenares de bosniaco-musulmanes a manos serbias, matanza que se repitió en otras zonas del país como Bratunac, Petkovci, Kozluc y Orohovac. Algunos fueron fusilados, otros aplastados bajo los pesados carros de combate. Los hombres que el día anterior habían sido separados de sus mujeres, con la esperanza de volver a verlas, fueron conducidos a los bosques, y allí les ejecutaron. Al final del día, más de 8.000 musulmanes – hombres en su mayoría – habían sido asesinados por militares serbios. De ellos, 1.042 eran menores de 18 años. Las tropas de Mladic cumplieron con su cometido. Las VRS enterraron y desenterraron a las víctimas hasta en 17 ocasiones,

esparciendo sus restos por distintos puntos del país con el oscuro propósito de hacer tarea imposible la recuperación total de los cuerpos. La religión de los caídos no permite dar sepultura si las familias no cuentan con un mínimo del sesenta por ciento del cadáver.

11 de julio de 2011. De entre los miles bosniacos- musulmanes que se calculan que murieron, hoy se entierran a 613 nuevas víctimas gracias al trabajo de la Comisión Internacional sobre Personas Desaparecidas (ICMP). La organización fue fundada en 1996, a iniciativa del ex presidente Bill Clinton, para apoyar el Acuerdo de Paz de Dayton. Desde entonces, la ICMP se ha encargado de recomponer los cuerpos de los desaparecidos y encontrar a sus familiares para que estos los puedan enterrar cada 11 de julio. Los fallecidos de hoy se suman a los 6.598 ya ente-

rrados en el Valle del Memorial. Sólo queda encontrar unas 1.500 víctimas más. En esto está pensando, quizá, uno de los miembros de la Comisión que está sentado en un pequeño montículo del Valle, delante de la pequeña mezquita improvisada para la ceremonia. Con el pelo largo recogido en una coleta y vestido de negro, escucha ensimismado los cánticos que una coral bosniaca ofrece a los presentes. Tras relatarnos lo que hace la organización, su mente ha viajado a otro lugar, muy lejos de aquí, muy lejos del Valle, muy lejos de Bosnia- Herzegovina. Y mientras su pensamiento divaga en otro mundo, en este resuena la voz del imán que enumera los nombres de todas las víctimas, uno por uno, desaparecido por desaparecido. En las lápidas sólo se pueden leer los nombres y la fecha de nacimiento. Ahora, lo único que comparten es la fecha de la muerte.



16 de julio de 1995. Ese día, un superviviente, de lo que se conocerá al cabo del tiempo como “el peor genocidio de Europa después de la Segunda Guerra Mundial”, logró contar lo que había sucedido los días anteriores. A él se le sumaron otros musulmanes que, con sus vivencias, hicieron reaccionar a la Comunidad Internacional. En diciembre de ese mismo año, el presidente serbio, Slobodan Milosevic, el presidente croata, Franjo Tudjman, y el presidente bosnio, Alija Izetbegovic, firmaron el Acuerdo de Paz de Dayton en París, a través del cual pusieron fin a una de las guerras más sangrientas de Europa. En abril del 2002, el gabinete del gobierno holandés, presidido por Wim Kok, presentó su dimisión en pleno por sentirse cómplice del genocidio. El Tribunal Penal Internacional de La Haya creó una comisión especial para la guerra de Yugoslavia y empezó a juzgar en julio del 2008 a Radovan Karadzic, presidente de la República Srpska durante los años de la guerra. El 16 de julio de 1995, el conflicto armado terminó, las armas se silenciaron y el miedo desapareció.

11 de julio de 2011. Los familiares están reunidos alrededor de la tumba abierta y, mientras algunos de ellos echan tierra sobre el ser querido, otros lloran su despedida. Es el final, el último momento y el que ha sido más esperado: poder decir adiós a sus familiares encontrados dieciséis años después y recuperar, de esta forma, la tranquilidad de saber por fin dónde se encuentran. A partir de este momento, el Valle del Memorial va quedando vacío. La brisa gana terreno y lentamente, el movimiento de las hojas de los árboles que pintan el paisaje sube de vo-



lumen. Los asistentes van abandonando el recinto con calma y se adentran de nuevo en la realidad. Mañana seguirán atentos al juicio de Ratko Mladic, ex comandante del VRS, el cual se encuentra en pleno juicio por crímenes contra la Humanidad en las instalaciones del TPIH después de haber sido extraditado el pasado mayo. Rizo Mustafic y Hassan Nuhanovic son luz de esperanza para la población bosniaca- musulmana por haber ganado el juicio contra el Estado

holandés y los familiares de las 613 víctimas que se han enterrado hoy han puesto punto y final a años de incertidumbre. A partir de hoy, el conflicto social y económico continuará, las diferencias étnicas y la separación territorial seguirán en pie y la tasa de paro se mantendrá en niveles altos. Pero sobretodo, continuará el olvido de una pesadilla enterrada, para algunos afortunados, en un precioso valle a cinco kilómetros de Srebrenica.

